LA VARONA CASTELLANA (1).

Yo me muero por la guerra,
Pierdome por cuchilladas,
Y en dos desnudas espadas
Toda mi gloria se encierra.
Lope de Vega.-La Varona castellana.
Jornada II, Escena V.

La genealogía panegírica de los Varonas, que se conserva en el archivo de su casa solariega cerca de Villanañe, en la provincia de Alava, fué compuesta en 1715 por un religioso del órden de San Agustin sobrino del décimo nono poseedor del mayorazgo original, cuyos timbres ensalza mas con el entusiasmo de adepto que con la indiferencia de imparcial historiador. Pero si difícil es creer lo que refiere descendiendo á supérfluas minuciosidades despues de mil y cien años bajo su palabra, temeridad seria desechar aquellos acontecimientos generales que se hallan justificados por Aponte, Argaiz, Tellez de Meneses y otros insignes analistas, libres de ciego interés en la materia, ingénuos por amor propio, y amantes de la verdad sin artificio.

(1) Para bosquejar el retrato que vá á la cabeza de esta narracion, hemos tenido á la vista el único que existe pintado en pergamino en el archivo de Villanañe. No sabiendo á quien atribuir el anacronismo que se nota en el traje de la figura, juzgamos oportuno anticiparnos á cualquiera justa observacion que hacérsenos pudiera sobre el caso, prefiriendo antes reconocer sinceramente este defecto, que escitar, pasándole en silencio, la pública desconfianza.

12 DE MARZO DE 1848.

Traer al puerto de Santoña al almirante marítimo Rui Perez en el año de 680, comandando una escuadra goda: filiarle en el ejército imperial contra Witiza; y cansado de refriegas sanguinarias, lanzarle despues de todo á las montañas alavesas en busca de terreno donde erigir un castillo feudal, imponiendo á aquellos valles los epítetos de *angosto losa ó do vea*, segun las contingencias de tan peregrina esploracion, es base muy á propósito para formar una novela, pues al aliciente de lo *maravilloso* se reune como protagonista un héroe que ha blandido su acero en cien combates, y que atraviesa en su corcel los pavorosos bosques porque no sabe lo que es temblar delante del enemigo. Mas cuando se trata de una séria narracion que al ejemplo del reconocimiento, del amor patrio ó de cualquiera otra virtud nos guie, esa misma base flaquea por su raiz; entonces no solamente se somete á grandes pruebas la veracidad del autor, sino que inspirará fuertes recelos en el momento en que, olvidándose de los preceptos de Tácito, se ponga entre su héroe y el alumno á quien se le manifiesta, desfigurando la verdadera historia de aquel con colores inventados de capricho.

Disimulando á Fr. Miguel de Varona los que su buena fé le indujo á mezclar en el manuscrito que dejamos indicado, no debemos aun así considerarle como recto historiador de su familia. La amazona que pinta, cual otro Zeuxis, con elementos esparcidos, ofrece muy poco de real en fuerza de encarecer su prosapia, su valor y su hermosura. De aquí es, que abstrayéndonos nosotros de todas aquellas proezas repugnantes aun á la fé mas cándida, reduciremos á compendio lo que parece no sobrepujar las humanas fuerzas en la conducta anómala que observó Doña María Perez, apellidada la *Varona*, conformes con la crítica de muchos anticuarios respetables.

Jóven de veinte y tres años habitaba el palacio señorial en compañía de sus hermanos Gomez y Alvar, ejercitándose con ellos en la caza, su pasatiempo favorito. Tal era el acierto con que ordenaba sus batidas, que rara vez eran estériles; antes bien colgaba muy á menudo en el pórtico de su fortaleza las cornamentas del ciervo, por trofeo de su denuedo varonil. Nunca hubiera abandonado aquel retiro, si el apuro en que D. Alonso I de Aragon puso al VI de Castilla, inculpándole el divorcio de su madre Doña Urraca, no hubiese recordado á los hijosdalgo de Villanañe que sus deberes principiaban por el servicio del rey y por la defensa de la patria. Devorábales la idea de abandonar á su hermana en aquellas circunstancias tan críticas, cuando el infante D. Vela, hijo del soberano de Navarra, llegó con el ejecutivo mensage de que era necesario se aprestasen para la lid, pues su tio el rey de Castilla les llamaba como nobles comprendidos en la leva general. No opusieron el menor disgusto al ilustre embajador que tan modestamente arribara á su castillo, obsequiándole con opíparos festines, trato afable y delicado, y magnífico plumazo en que dormir. El huésped, á pesar de ser altivo, detúvose con gusto en Villanañe; y al despedirse pasados unos dias, observaron Gomez y Alvar que revolvió dos ó tres veces su caballo para mirar el sombrío torreon, que iba sumerjiéndose á lo lejos entre las espesuras del monte.

Pregonada la órden real en la comarca tributaria, retumbó por donde quiera el clarin que convocaba á los valientes. Pobláronse las sendas del castillo de donceles y escuderos, que deseosos de ganar los honores de la caballería, llevaban consignada en su apostura el ánsia de desenvainar su recio alfange, y ostentar la resistencia de su brazo en el campo del honor. No tenian empresas sus broqueles. Era preciso que estos jóvenes soldados las ganasen por medio de fatigas y peligros, ó haciendo algun prodigio de valor digno de la gratitud del soberano. ¡Feliz el que logra derribar á su adversario obligándole á confesarse vencido! Suya será la palma y el laurel del campeon: desde entonces tendrá ese escudo heráldico que ambicionan adornar las castellanas con una flor emblemática ó con un rizo de sus trenzas, grabando alrededor de la bordura el mote apasionado de su fé.

Ninguna de estas dádivas faltaba ya á los caballeros de Villanañe; pues avezándose desde su primera juventud á los trabajos de su profesion, habian sabido sostener con esplendor y con fortuna los timbres de sus ascendientes. Preparábanse á vestirse el arnés sin codiciar el premio: mas revelando á su hermana el dolor que les causaba tan inopinada separacion, no pudieron menos de mostrarse vacilantes entre su ánimo aguerrido y los impulsos amorosos de su corazon sensible. La impávida doncella ni se conmueve ni se turba. «Sea cualquiera vuestra suerte, hermanos mios, quiero arrostrarla con vosotros, les responde. Bien sabeis con cuánta intrepidez monto á caballo para perseguir las fieras. Vosotros mismos me habeis proporcionado muchos lances, que os han dado á conocer el arrojo que me asiste, cuando se interesa mi vida en su buen éxito, ó la reputacion que nuestro orgullo goza. No creo haya una diferencia muy notable entre el guerrero que juega desesperado sus armas, y el furioso javalí que, acometiendo á quien le hiere, hace retemblar aquestas selvas con sus imponentes bramidos; y como estos no me hayan hecho otra impresion que la que hace el balar de los corderos en las insensibles rocas, deduzco que mi elemento es la guerra, y que mi cuerpo debe robustecerse bajo el peso de las mallas antes que afeminarse en esa delincuente ociosidad á que profeso irreconciliable aversion. Cededme, pues, una armadura, una espada y un corcel; que cuando me veais retroceder un solo palmo, para eludir cobardemente al enemigo, podreis avergonzaros de llamarme hermana vuestra, y condenarme á llorar presa en esta torre mi vergonzosa debilidad.»

Este enérgico razonamiento fué seguido de la mas tierna efusion por parte de los caballeros á quienes se dirigia, y besando la mano de la heroina con mas respeto que desconfianza, no se atrevieron á defraudar en la menor cosa tan terminante resolucion. Activáronse desde aquel dia los preparativos de la jornada; y llegando por último el momento de partir, colocáronse á la cabeza de sus respectivos escuadrones los hidalgos paladines, marchando al lado de Gomez un apuesto caballero de cintura mas estrecha y mas flexible, una toca blanda sobre el yelmo, y la adarga sin divisa ni color.

Incorporados en Toledo al ejército del rey, permanecieron una temporada esperando que el aragonés hiciese la primera tentativa de invasion en nuestro reino, observando Doña María las mas esquisitas precauciones para que nadie la reconociera por muger, á fin de conservar el gran prestigio que iba adquiriendo de dia en dia con el favor de sus hermanos. Para evitar toda suerte de compromisos, hacia frecuentes correrías en que nunca la faltaba ocasion de probar sus fuerzas, merced á las cuadrillas de sarracenos que circulaban oprimiendo á las aldeas con sus bárbaros insultos. Impaciente, sin embargo, por realizar libre de freno las proezas que combinara en los accesos de su heróico fanatismo, recibió con intensísimo placer la órden de ponerse al frente de su tropa tan pronto como sonara la trompeta del alcázar, pues el de Aragon se internaba á marchas dobles en Rioja, desahogando su odiosidad y su venganza con inauditas tropelías.

Evacuó en efecto D. Alonso la ciudad al comenzar el mes de Mayo de 1065, tomando direccion hácia Jadraque, en cuyas inmediaciones dominaba el castillo del Plano una superficie de mas de doce leguas denominada á la sazon llano de Atienza, y hoy los campos de Varona.

No se hizo esperar mucho el enemigo.

Declinaba el dia 14 del mes ya recordado, cuando avistáronse las armadas, encaminándose la una hácia la otra. Brillan los últimos rayos del sol en sus bruñidos uniformes. Fluctúan los plumages y garzotas ostentando sus matices como un campo cubierto de flores; álzanse los estandartes, y avanzando las primeras guerrillas al son de las trompetas y atabales empeñan la accion. ¡Qué golpes tan terribles se

descargan mútuamente los soldados! ¡Con qué bizarría se hieren, se acuchillan y maltratan! La noche cierra; empero apenas se aperciben de que les falta ya la luz. Crujen los arneses, las armas, el hierro de los ginetes y de los caballos: los denuestos y las aclamaciones belicosas suben hasta lo alto de los cielos. La sangre inunda el campo de la gloria, y el viento se carga de esos vapores que embriagan á los héroes, é inoculan el furor en sus arterias. El manto de la noche, haciéndose cada vez mas lóbrego, confunde las banderas hasta el punto de ser acometidas muchas veces por sus mismos defensores. Viendo los monarcas aquel caos, y el daño que de tamaño desórden les podria resultar, penetran el estrépito del campo con el sonido del clarín que llama á los combatientes al descanso. Atenuase paulatinamente el ruido de las dagas, como degrada el de un copiosísimo aguacero al ausentarse la nube que le arroja en alas del huracan. Restitúyese mas tarde una profunda calma, interrumpida por la voz de los soldados moribundos, que pedian á sus hermanos de armas un acero vengador y un laurel para su tumba.

No se habia entregado al sueño Doña María Perez mientras sus compañeros agotaban su valor por destrozar al enemigo: sino que envolvió la densa oscuridad de la noche su pujanza y su bravura jigantescas.

Pasaron dos horas sin que el orden se alterára en uno ú otro real. Velaba Doña María á una de las estremidades mas remotas del campamento castellano. La oscuridad era completa. Habíanse apoderado del cielo inmensas lejiones de horribles nubes, que no por deslizarse al empuje de un viento zumbador dejaban de ocultar el firmamento en masas impenetrables á la dulce claridad de las estrellas. Restalla de improviso el paso acelerado de un bridon, y se dibuja una figura militar á corta distancia de la osada centinela, que, enristrando la lanza, hundiendo el acicate en el hijar de su robusto potro, y adelantándose con intrepidez gritó: —«Vos, el ginete, quien quiera que seais, rendid las armas.»

—A vos toca y no á mí rendirlas, y declararse prisionero.

—Perdono, vive el cielo, vuestra soberbia temeraria; y si la vida no os enoja, podeis apresuraros á salvarla en la promesa que ahora os hago de presentaros sin quitárosla á mi rey. No me es posible concederos mayor bien.

—Todo lo que puedo hacer en favor vuestro, repuso el aventurero paladin, es desarmaros sin lidiar, y conducíros á mi tienda vivo.

—Las manos y las armas, no palabras que lleva el aire, decidirán esta cuestion. Altivo sois por cierto... defendeos, aragonés.

Y arremetiendo contra el arrogante incógnito, vuelan las lanzas hechas astillas, y saltan como relámpagos al suelo requiriendo las espadas. El valor, la destreza y la fuerza compiten en esta lucha sin dar la victoria á uno ni otro contendiente. El aragonés quiere tomar aliento, y su competidor se le otorga. Vuelven á la carga de allí á poco; y rompiendo doña María la hoja de su espada sobre la guarnicion de la del contrario, este aturdido de tan formidable golpe, dá dos pasos atrás y dice:

—Bajad las armas, soldado, y declaradme francamente si sois noble, como vuestra valentía lo dá á entender.

—Tan noble soy como vos, respondió la Perez, aunque con la persona del soberano hablase. Mi sangre es limpia, mi linage godo, y por encima del blason de mis abuelos sienta un yelmo de seis rejas, que denotan su calificada alcurnia.

—En ella fio, y desde ahora aceptareis esta manopla en señal de que respeto vuestras órdenes.

—Volved la manopla á su lugar, y dadme la espada.

—Ni vos teneis derecho para pedírmela, replicó levantando su visera el adalid, ni yo obligacion á obedeceros.

—¡Don Alonso de Aragon! esclamó Doña María Perez, hincando precipitadamente la rodilla.—Señor, si antes os hubiese conocido, hubiera sofocado mi rencor, primero que escoger por blanco suyo vuestro pecho. Ajustaros, os ruego, esa manopla, y sirva únicamente de prenda, pues las leyes de la caballería la exigen, la palabra fiel de un rey y el honor de un caballero.

—Sois atento y cortesano: empero ya que conmigo andais cumplido, quiero yo tambien serlo con vos. Troquemos los aceros, en testimonio de nuestra recíproca lealtad.

—De grado admitiria vuestro consejo, si en el calor de la reyerta no hubiese roto mi espada, parando con el trozo que aquí veis, vuestras puntas y reveses.

Y desenvainando Doña María el ruin fragmento de que hablaba, sintió el aragonés todo el peso de su suerte, acabando de estallar su confusion, cuando encaminándose á la tienda del monarca salieron al encuentro Gomez y Alvar, profiriendo en estremos de júbilo el nombre de su hermana, á quien volvian á encontrar despues de tan sangrienta noche, si bien estrañándoles que un hombre la acompañara apreciando su recato singular.

—¿Cómo es eso, caballeros, dijo el rey; una muger me ha vencido? ¿Una muger me lleva preso?

—Infeliz de tí, Aragon, esclamó Gomez, que no has podido sufrir mayor injuria, que el de verte sometido al sexo débil. Caminad, caminad, infortunado príncipe, que ya se descubre la tienda del magnánimo Alonso VI. No os ruboriceis de haberos dejado cautivar de una dama, que es hermosa como pocas, y valiente... como vos.

Esta ironía pesó mucho al malhadado rey, quien se disponia á devolverla con mas dosis de veneno, á tiempo que dos comensales llegaron á decirle de parte de su señor, que sabiendo su derrota, le aguardaba para estrecharle entre sus brazos, no en concepto de enemigo, sino en el de esposo que habia sido algun tiempo de su madre Doña Urraca.

Luego que, entrando en el régio albergue, se cumplimentaron los tres parientes coronados, mandó el rey de Castilla que besasen la mano al de Aragon D. Pedro Anzures, D. Pedro de Lara, D. Juan de Mendoza y otros varios ricos-homes, retirándose todos en seguida menos los caballeros Perez, á quienes preguntó el monarca cuál de los tres era el vencedor de D. Alonso. Apenas oyó que el autor de tamaña empresa habia sido aquella muger, que disfrazada tenia á presencia suya, ordenóla descubrirse el rostro para quedar desengañado enteramente, y contemplarla á su solaz. Obedeció, pues, nuestra heroina, dejando entrever al rey la graciosa turbacion de su semblante, al mismo tiempo que articulaba palabras llenas de generosidad y sumision.—«Yo soy la afortunada vasalla vuestra, que ha obtenido la dicha de venir á vuestro real, sirviendo al soberano de Aragon. Busqué mi brazo otro brazo, hallé con quien medir mis fuerzas, choqué espada con espada, y porque Dios así lo quiso, vencí á quien para honrarme quiso darse por vencido.»

Liberal ó prendado el huésped de la dulzura irresistible que derramaba Doña María, en sus espresiones, sacó de su dedo un anillo en que estaban grabadas las armas de Aragon, y se le entregó al rey de Castilla. Entonces este, dirigiéndose á Doña María Perez, la dijo:

—A vos, porque en vuestros hechos mas que hembra varon sois, os llamaremos en adelante la Varona. Tomad ese anillo cuyas barras traereis vos y vuestros descendientes ladeadas, en memoria de que las ganasteis derribando las armas aragonesas. Tal será el blason de los Varonas; y cuidad de coronarlo con la diadema real, de cuyo centro saldrá una efigie vuestra empuñando media espada. Para fama perpetua del suceso, mandaré que se intitulen de Varona estos campos que le acaban de presenciar.

Es inesplicable el ascendiente que esa hazaña grangeó á la impávida guerrera sobre cuantos tu-

vieron la ventaja de seguirla en la carrera de sus triunfos. Interrumpiéronse estos durante la libre escursion que los castellanos tercios hicieron en el reino aragonés, sin que otra cosa de particular ocurriese que el fallecimiento prematuro de D. Alvar Perez, en cuyo reemplazo entró á gobernar los batallones por unánime proclamacion su idolatrada hermana.

Sabedora de que el miramamolin de Galicia se iba posesionando de la provincia de Astorga con ánimo de atacar la de Leon, cuyas guarniciones eran poco numerosas, se puso en marcha atravesando el territorio de Alcalá hasta pisar el de Valladolid, donde habiéndose propalado la noticia de que acaudillaba una muger el ejército nacional, salian turbas inmensas al camino, rindiéndola los mas altos homenages. Ella los recibia con esa pura ingenuidad que caracteriza á quien los merece; y de tal modo procuró escitar el patriotismo en los lugares donde hacia alto, que muchas doncellas se alistaron en sus filas con ánimo de secundarla en la guerra que empezaba á provocar.

Por mas pronto que quiso la Varona agregar su gente á la del monarca de Leon, ya se habia apoderado el sarraceno de la tierra de Campos, triunfando en Villoslada y en Mayorga. En los castillos de Altura (hoy Dueñas), Magaz y Porta-Augusta (ó Torquemada) tremolaba el estandarte musulman. Juró Doña María hacerle pedazos, y el asedio apareció como por encanto alrededor del primer fuerte. Interceptáronse las avenidas para impedir el socorro de víveres; y acosados del hambre, segun unas historias, ó en batalla malograda, segun otras, los sitiados desalojaron el Altura, y la Varona tomóle en feudo por gracia del rey de Leon, ampliándole con un puente, varias casas y una iglesia provista de regalos que se han conservado en mucha parte hasta el siglo XVII. Para habitacion propia hizo construir un gran palacio junto al rio, cuya localidad habitaron en mas cercanas épocas comendadoras de Santiago con el título de Santa Fé. Las cuales se trasladaron á Toledo y allí existen.

El castillo de Magaz, situado entre Altura y Porta-Augusta franqueó sus puertas á la heroina de Villanañe, y cayendo como el rayo sobre la segunda poblacion, en cuya entrada occidental habia una torre llena de árabes, arrimaron con sagaz estratagema gran acopio de madera y combustible, que juzgaron los enemigos sería un vano arbitrio para escalar la torre, no tomándose por consecuencia la molestia de combatirle formalmente: mas llevando Doña María á cabo su proyecto, en una hora avanzada de la noche prendió fuego al promontorio cuyas llamas se introdujeron bien veloces por los tragaluces y aspilleras de la torre, pereciendo sofocados por el humo los soldados que detestando el acero de una cristiana adolescente ó poco mas, prefirieron el suicidio á su prision.

Enriquecióronse los estados de nuestra Varona con esa importante villa. Dejó por privilegio superior un alcaide que la representase, y emprendió su derrotero hácia Rioja, allanada por los moros procedentes de las montañas de Jaca. Otros valerosos capitanes los batieron y dispersaron con anticipacion. Doña María Perez hizo cuartel en Logroño, y á pocos dias la comunicaron haber sucumbido su hermano mayor D. Gomez, víctima del arrojo que le distinguia.

—Murió Gomez Perez: pero ¿vencimos? Sí. Pues habiendo vencido, no era necesario que viviese un capitan que no tenia enemigos que vencer. Este desahogo es propio de ese esceso de virtud que se ad-

mira y se detesta en los tiempos en que lo era proferirle.

Plantado el árbol de la paz en las vegas del Ebro y del Pisuerga, desnudáronse las corazas cuantas amazonas componian el estado mayor de la admirable gefe, y aun esta misma que por espacio de nueve años solo habia pensado en batallas y conquistas, tornó á acariciar sus bellas formas con los vestidos correspondientes á su sexo, y dió la mano de inseparable compañera al infante D. Vela, cuya aficion, lejos de amortiguarse desde que la vió por la primera vez en Villanañe, aun mediando el matrimonio que por intereses de familia contrajera con Doña Juliana Nuñez, condesa de Avalos, se habia por el contrario avivado en virtud de tantos rasgos dignos de esmaltar el dosel de los monarcas de Castilla, en prez de los que á su sombra se sentasen.

Tambien para los dias de ardor hay noche fria y para los mares alterados dulce paz. Doña María Perez, ese genio pendenciero que con férrea mano armada desafiára á los riesgos capaces de intimidar al mas coloso, se redujo por fin á las delicias apacibles de la vida conyugal, y á la sabia educacion de un hijo con que el cielo cotó el cuarto año de su enlace. En el de 1075 dejó de existir D. Vela; y habiendo depositado su cadáver en el lugar de Respaldizar en el valle de Ayala, mudó la ilustre viuda su domicilio en compañía de su primogénito Rodrigo y otros dos que habia tenido su esposo en la condesa de Avalos al palacio de Villanañe, considerado como infanzon y solariego de su preclara estirpe.

Veinte y nueve años contaba el que, destinado á trasmitir á la posteridad el sobrenombre de su madre, se unió con Doña María de Mungia, hija de los señores de la casa de Villela, existente en el mismo pueblo de Mungia, cuyos poseedores son actualmente los condes de Lences, señores de la de Zorrilla, de la de Gándara y de la de Arce de Villerías. Cedióles Doña María sus haciendas de Dueñas, Torquemada y demás pueblos conquistados, á costa de los cuales dice Lope García de Salazar (1) fortificó su casa con foso, puente levadizo, barbacana, almenas y cubos en la conformidad que hoy dia se vé, prescindiendo de algunas innovaciones secundarias. Andando el tiempo asaltóla el pensamiento de los años que habia vivido matando sin descanso, y se resolvió á consagrar á Dios en el asilo de un monasterio los últimos pasos de su jornada inquieta. Reveló su plan á la superiora de Oña, cuyo claustro edificára D. Sancho, conde de Castilla, ochenta años antes, adjudicándosele á una comunidad de religiosas que subsistieron hasta que D. Sancho Ramirez de Navarra y Aragon, yerno del fundador y padre del infante D. Vela las llevó á Bailen (2) para conferir el edificio de Oña á sacerdotes cluniacenses. El estado de viudez que caracterizaba á Doña María, la hacia inhábil para vestir el hábito de castidad, como hubiera deseado; pero gustosa con encerrarse en la clausura sin dejar sus ropas seculares, ni pronunciar votos monásticos, entabló un método de vida que la condujo entre consuelos inefables al sepulcro, despues de cumplidos los 63 años de su edad, y ocho de reclusion edificante. Designaba su lucilio ha poco tiempo esta inscripcion, trazada en un arco del claustro mencionado:

Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana María Perez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la espada la granjearon el timbre de Varon, que adquirió femenil Varona.—Vivit coelo illa quae tot in mauros et judeos in hispania occidit.

Tres particularidades anotaremos antes de cerrar este artículo: la de no haber faltado descendencia masculina en la casa de Varona desde el siglo XI por lo menos al presente: la de llevar todos los primogénitos el nombre de Rodrigo en memoria del primer sucesor de este apellido, y la de permanecer la torre y casa fuerte de Villanañe con el aspecto majestuoso que recibió en la edad de los torneos y de las trovas. Si bien las diez y nueve ramas en que el tronco principal se ha repartido disfrutan un bienestar envidiable, nos atrevemos á asegurar que pocas familias vivirán en una abstraccion mas pacífica que la que vá sucediendo á la Varona en el asilo romancesco que encomendó á su descendencia. El bosque en donde asienta sería por sí solo inspirador, aunque la torre con sus decrépitas almenas, el foso con sus turbias aguas, los baluartes con sus adarves, y los álamos y sauces plantados en sus cercanías con su verdor y con sus sombras, no acabasen de perfeccionar el cuadro mas encantador y pintoresco. De buena gana estenderiamos nuestras observaciones al órden doméstico que rije en aquella afortunada soledad su virtuoso propietario: empero ya que la amistad detenga en este punto nuestra pluma, reciban aquí el testimonio mas cordial las noches que recordamos haber pasado en Villanañe dominando desde la montaña el valle umbrío, donde transformábamos los desiertos matorrales en guerreros amontonados en el circuito del antiguo torreon, que se descubria solo y derecho como un venerable anacoreta que hubiese querido depositar lejos del mundo el secreto de su melancólica vejez. El astro de los delirios y de las fantasmas surcaba otras veces el golfo proceloso de las nubes, apareciendo y desapareciendo alternativamente entre los rumores del viento que bamboleaba las ramas de los árboles sobre sus troncos encorvados. Lleno el corazon de afectos y la mente de impresiones y de ideas, nos retirábamos por lo comun á nuestro lecho, descendiendo sobre nuestra fantasía durante el sueño una creacion inmensa é indefinible en que vivian y se agitaban los guerreros, las dueñas y demás personajes de la antiguedad, marchitos con el polvo del sepulcro, erupciones que nos aterraron un momento, pero que, produciendo los recuerdos mas gratos, pueden compararse á esas lozanas flores que alimentan de las lavas volcánicas su frescura y sus aromas.

RAFAEL MONJE.

(1) Manuscrip. nobil.
(2) Garibay, t. 1, comp. hist. lib. 23.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VIII.

(Conclusion.)

—Yo acá me entiendo, yo acá me entiendo!—repuso el capitan. Si el bueno de Fernan Martins no nos hubiera encomendado el secreto, habia de revelaros que tampoco esta noche dormirán muy tranquilos muchos nobles, á no ser uno que está descansando á estas fechas en el guarda ropa del rey.

Maese Blas vió que el capitan aludia al asunto que mas deseaba él saber:—al horrible misterio que presenció desde la playa. Conocia el carácter de Jaime de Figueredo que para revelar el mayor secreto no necesitaba sino la mas pequeña contradiccion, ó ver que del tal secreto se hacia poco caso. Por ese lado dirigió el barbero su ataque.

—Historias, historias, señor capitan!—Buen cuidado les dá á los hidalgos que vos esteis aquí tomando el relente; ellos estarán ahora descansando muy tranquilos en sus mullidos lechos sin cuidarse de si pasais ó no mala noche. Estoy por deciros que todos estos aprestos han sido ocasionados por las visiones del rey que desde la muerte del duque de Braganza no hace mas que soñar con almas del otro mundo.—Pero es tarde; y como yo no veo visiones, ni soy de la guardia del rey, voime á recoger, que ya es hora.

—Alto ahí, maese Blas, gritó el capitan: el rey no

tiene ni teme apariciones (1); lo que tiene es un acerado puñal para castigar traiciones. Sabed tambien que si nosotros estamos aquí al relente, ni el soberbio D. Fernando de Meneses, ni el solapado D. Gutierre, ni los Alburquerques, Attaides y Silveiras, dormirán mucho mas que nosotros. El rey los ha mandado prender, y desdichados de ellos! No fué cuento, no, lo que se dijo el dia de la procesion del *Corpus*: quisieron matar al rey; pero ellos morirán ahora. Sabed, en fin, que allá arriba.....

La voz de Fernan Martins que hablaba con otro personage, con el cual se dirigia hácia la puerta de palacio, cortó el discurso del capitan, que semejante al torrente que arrastra en pós de sí puentes y diques y se estiende por las campiñas, amenazaba al curioso maese Blas con hacerle pagar caro su afan de saber.

—Ireis al castillo de Palmela, señor obispo, decia el capitan de los jinetes al personaje que con él venia, y que era nada menos que D. Garcia de Meneses: allí aguardareis las órdenes del rey. Montad en esa mula que está ahí enjaezada. Acompañen diez jinetes del ala derecha al muy noble señor D. Garcia hasta Palmela. Soldados, vuestras cabezas caerán de sus hombros si diesen oidos á las promesas de su reverencia; vuestras manos serán cortadas en pública plaza, si las hojas de los árboles, oyesen por esos caminos sonar su oro dentro de vuestras manoplas.

—Prender á un ungido del Señor en la cámara de la reina! Poner en él las sacrílegas manos delante de su alteza, cuando estaba tratando conmigo de casos de conciencia!—Rey tirano!—nuevo Achab!—*Anathema sis*. Hecha esta esclamacion, montó el obispo en la mula, y rodeado por diez jinetes de la guardia tomó el camino de Palmela. Era el postrer viaje que en este mundo hacia; pasado algun tiempo, un poco de veneno dió cuenta de él y se le llevó al sitio hácia donde todos caminamos, y del cual nadie ha vuelto todavia—hácia el cementerio.

Luego que hubo partido aquella gente, empezaron á llegar varios piquetes de ballesteros, mosqueteros, y jinetes, y el barbero pudo ver distintamente que entre ellos venian presos D. Gutierre y D. Fernando de Meneses. Subieron á palacio acompañados por Fernan Martins y los soldados volvieron á incorporarse á sus respectivas filas.

Maese Blas se habia retirado junto á la puerta sin despedirse de su amigo, el cual fué á colocarse en su puesto, asi que oyó la voz del capitan de los jinetes, y todo volvió á entrar en el mas profundo silencio.

De repente se dejó oir el ruido de un caballo que venia á galope y que se fué aproximando: era un jinete de la guardia que llegaba á escape: maese Blas, cuyo bulto se alcanzaba á divisar apenas á la luz de la lámpara, le preguntó: Qué nuevas, caballero?

—El recien llegado le tomó por un paje: «Paje id á decir al capitan que D. Pedro de Attaide se ha escapado, segun se cree hácia Santarem, y que á Fernan da Silveira no se le ha encontrado en casa de Juan de Pegas: decídselo á él solamente ó al rey en persona.»—Pronunciadas que fueron estas palabras volvió á partir á galope.

(1) Cuenta el historiador Garcia de Resende que despues de la muerte del duque de Braganza y hallándose el rey D. Juan en Santarem oyó llamar una vez en las altas horas de la noche, á la puerta de la cámara donde dormia con la reina. Preguntó quien era; mas nadie le contestó. De allí á poco volvieron á llamar de nuevo. Levantóse entonces y tomando su espada y rodela, abrió la puerta, llevando en la mano izquierda una tea, á la puerta estaba un bulto de hombre que comenzó á andar delante del rey; siguióle este, y el bulto continuó andando siempre y abriendo delante de si las puertas, sin que el rey lograse alcanzarlo. Asi fué andando hasta los desvanes que eran *pucorosos* y *frecuentados por cosas malas*, segun dice el cronista. Gritó la reina viendo salir al rey; acudieron damas y caballeros y fueron en su busca; hallaronle por fin examinando los suelos de los desvanes por donde el bulto se habia hundido. Dígase en honra de D. Juan II que si su conciencia le hacia ver fantasmas era asaz caballero para arremeter con ellas. No puede decirse otro tanto de Luis onceno, su contemporáneo y modelo.

El maese se quedó estupefacto. No sabia como decir el recado de que acababan de encargarle? Fernan Martins no estaba allí. Iré á decírselo al rey. Y por qué no? Qué me ha de suceder?—La noticia es de suma importancia; y eso me parece lo mas prudente.—Armándose en fin de valor empezó á subir la escalera. Al entrar en aquellas salas mal alumbradas y desiertas, las piernas le temblaron un poco; mas ya no habia que retroceder; llegó por último á una cuadra, en donde estaban los criados de la cámara inmóviles como estátuas y guardando el mayor silencio. Vieron entrar al barbero, y uno de ellos salió á recibirle cortesmente: maese Blas era respetado en palacio, no solo por ser hombre cortés y servicial, sino porque Anton de Faria hacia de él gran estima. El que saliera á recibirle, le preguntó en voz baja.—Qué buscais, maese Blas?

—Quiero.... quiero—hablar al rey, dijo el barbero tartamudeando.

—Llevaré vuestro recado, mas tomad aliento entre tanto que no os deja hablar el cansancio. Dicho esto entró en la cámara el criado, de la cual salió á poco y alzando el repostero de la puerta pronunció pausadamente estas palabras:—Maese Blas, su alteza os concede la gracia de escucharos.

Algunos de los pajes que por allí andaban, y que habian dejado escapar sus risitas maliciosas cuando oyeron la pretension del maese, se quedaron atónitos de que en tan críticas circunstancias fuese con tanta facilidad admitido á la presencia del rey, siendo asi que en horas mas regulares y tranquilas, dificilmente conseguian hablar con él ni aun los mas ilustres caballeros. Eran pajes, y los pajes de aquellos tiempos, á fuer de niños é inocentes no tenian esperiencia alguna del mundo. No recordaban que maese Blas era el barbero de Anton Faria, y que en los palacios de los reyes alcanzaba mas valimento (en aquellos tiempos se entiende) el que rapaba las barbas al privado, que el que en los campos de batalla habia cortado las cabezas de los enemigos de su patria.

Maese Blas cruzó la puerta en que apareció el criado de cámara: con pasos vacilantes é inciertos atravesó dos salas, y llegó por último al aposento donde estaba el rey. El barbero sintió que de repente se le doblaban las rodillas—aquel aposento era el que servia al rey de guardaropa, y en el que acababa de pasar hacia poco la escena misteriosa que el maese observó desde la playa.

El rey estaba sentado en un sillon de alto respaldo: á los lados, en pié y descubiertos, D. Pedro de Eza, Diego de Azambuya, y Lope Mendez del Rio. Detrás del sillon se hallaba Anton de Faria como camarero del rey. Delante de estos, maniatados, vió el barbero á D. Gutierre, y á D. Fernando Meneses; mas no reparó en Fernan Martins que estaba en pié y recostado en su larga espada en uno de los ángulos del aposento.

—Qué me quereis, maese Blas?—dijo el rey al barbero con un metal de voz tan pausado y melifluo como el del gato que quiere pillar á alguno un pedazo de pan.

—Señor; un caballero de la guardia de los jinetes me dió un recado para que le trajera á V. A. en persona, ó al capitan Fernan Martins; y como no he hallado á este, vengo.

El maese acertó á dirigir una mirada á este tiempo á las diversas personas que allí estaban; y sin duda en su rostro debian pintarse tan vivas señales de terror que el rey sonriéndose le dijo: No teneis que temer. Hablad sin rebozo: los traidores han caido en mis manos. *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

El caballero ha dicho—continuó maese Blas—que D. Pedro de Attaide ha salido huyendo hácia Santarem.

Los ojos del rey centellearon como los de un tígre en medio de la oscuridad de la noche:—Que le sigan sin descanso, Fernan Martins!—Que le sigan: y cien cruzados de oro al primero que logre ponerle encima la mano, ó la punta de la lanza!

Fernan Martins salió; y los apresurados ecos de sus

zapatos de hierro resonaron cada vez mas rápidos y apagados al través de las solitarias salas por donde maese Blas entraba. Este continuó:

—Tampoco á Fernan Silveira le han encontrado en casa de Juan de Pegas.

—Pues yo sé que allí debe estar, gritó el rey cada vez mas colérico. Anton de Faria! el que ampara traidores es traidor como ellos! La cabeza de Juan de Pegas responde por la de Silveira.

—Anton de Faria salió á dar órdenes y volvió inmediatamente.

D. Fernando de Meneses estaba con aire altivo; D. Gutierre por el contrario parecia entregado á la mas viva afliccion; y maese Blas, próximo á ellos, con la boca entreabierta y los ojos espantados, hubiera podido pasar por uno de los delincuentes, si no fuese porque tenia las muñecas libres de esposas.

—Caballeros rebeldes—dijo el rey á los dos presos con voz atronadora, y apuntando hácia un bulto que yacia en medio de la estancia, algo inmediato al lado de la ventana—ahí teneis á vuestro gefe. Descubridle, Anton de Faria. Que vean en él la suerte que los aguarda.

El camarero levantó el paño y dejó ver un cadáver: tenia los ojos abiertos y vidriosos: de ambos ángulos de la boca, en la cual brillaba el esmalte de sus dientes apretados, le bajaban por el rostro dos regueros de sangre coagulada. En la garganta y en el pechos divisaban infinitas y profundas heridas, y sobre una de ellas, que parecia haberle atravesado el corazon, tenia aplicada la mano derecha, como si hubiese querido en el último trance detener la vida que por allí se le escapaba.—El muerto era el duque de Viseo!

—Ha sido asesinado!—esclamó D. Fernando de Meneses con indecible desesperacion.

—*Antes él que no yo, don traidor*: gritóle el rey con voz de trueno.

—Asesino!—replicó D. Fernando: Asesino cobarde!—quitaste la vida al duque de Braganza, sin pruebas, mas con jueces; á este sin lo uno, ni lo otro. De aquel fuiste el alguacil; de este, el verdugo. Solo te restan D. Manuel y tu propio hijo, para que tu querido Jorge, tu bastardo, el hijo de Doña Ana de Mendoza, suba al trono!—Sabe, empero, que el que derrama la sangre de los suyos es, como Cain, maldecido de Dios y de los hombres.—Diciendo esto el caballero dió algunos pasos, se hincó de rodillas y besó la mano del cadáver.

—«A la cárcel» gritó el rey. Y que mañana sea ajusticiado en la plaza de Setubal.

—Mátame tú, hombre vil; que yo moriré contento donde el duque mi señor ha espirado: tú has hecho el oficio de verdugo mas deshonroso aun de lo que era.

El rey soltó una carcajada trémula y satánica.

—Perdon, señor, esclamó D. Gutierre, arrojándose á los pies de D. Juan—yo no he sido tan culpable!

—Indigno! replicó el rey.—Fuiste osado de lengua antes del peligro; ahora que ha llegado, te falta el corazon. En el castillo de Aviz aguardarás tu suerte. Ah! nobles hidalgos—continuó dando una segunda carcajada—mi mando os pareceria pesado; veremos si la tierra os parece mas ligera!—Que se concluya cuanto antes el proceso de D. Alvaro de Attaide y de Pedro de Alburquerque. Llevaos á estos ahora de aquí; y que vengan esas andas.

Los tres caballeros que estaban al lado del rey salieron con los presos, y pasados breves momentos, entraron cuatro ballesteros con unas andas. El Rey les hizo seña de que colocasen en ellas el cadáver del duque, y esclamó:

A la iglesia Catedral!—en donde sea espuesto mañana en un catafalco á los ojos de todos para que vean en él que sé castigar los crímenes.

—Oh! continuó el rey volviéndose hácia el barbero;—señor maese, qué haceis vos todavia aquí?

Estaba tan horrorizado, maese Blas, que creia tener los miembros paralíticos; mas estas palabras del rey (jamás supo como) le plantaron á la puerta de su albergue, donde toda la noche le parecia ver tales visiones que solo por la madrugada se atrevió á apagar la luz.

A la mañana siguiente, el pueblo que fué á oir misa á la catedral, vió en medio de la iglesia, sobre un catafalco, el cadáver del duque de Viseo, señor de Beja, octavo condestable del reino, hermano de la reina, y primo del rey, con el rostro descubierto, y diez heridas mortales.—Ninguno se atrevió á hacerle siquiera una aspersion de agua bendita! Habia sido asesinado por mano del mismo rey!

No dejó tampoco de ir allá maese Blas (cómo habia de faltar él!)— Despues de oir misa, salió de la iglesia y llegándose á la calle de la Anunciacion vió que en el sitio donde los nobles habian dejado caer sus bastones, el dia de la procesion del corpus, habian cambiado el dintel de la puerta: la misma en que él habia asistido á la solemnidad. El nuevo dintel tenia una cabeza esculpida en el centro; con un letrero en latin; y en la esquina de la misma casa habian arrancado una piedra de la cantería y puesto otra en su lugar en la cual se divisaban tambien tres cabezas:— los que por allí pasaban se detenian para ver aquella novedad; porque en la tarde de la víspera nada de esto existia. Un clérigo que acertó á pasar por aquel *sitio*, estaba leyendo casualmente el letrero en voz alta cuando el barbero se acercó:

Si Deus pro nobis, quis contra nos?

A maese Blas le parecieron estas palabras, las mismas que habia oido decir al rey en la noche precedente. Apartóse de allí, con pasos presurosos y diciendo para su ropilla:

—Bien decia yo há tres años, en mi tienda de Evora, que Anton de Faria no echaba las cosas en saco roto, y que andando el tiempo teniamos mucho que ver.

El monumento de que aquí se hace mérito y que ha dado ocasion á esta leyenda, existe todavia en Setubal; cualquiera puede verlo y oir acerca de él las tradiciones del pueblo. ISIDORO GIL.

FIN.

LOS ARMADILLOS.

Los armadillos constituyen por sí solos un género bastante numeroso en la familia de los *Longirrostros*, Ord. *Edentados*, Clas. *Mamíferos* (de Cuvier.) La palabra armadillo parece que escita en nosotros la idea de un ser cubierto por una armadura mas ó menos complicada; así es efectivamente: los armadillos son muy notables por la especie de coraza de que se halla revestido su cuerpo, coraza que está formada por unas placas ó compartimientos muy semejantes á un embaldosado; esta armadura, cuya sustancia es de naturaleza parecida á la de que se componen los huesos, se halla cubriendo al animal en parte de la cabeza, el cuello, el lomo, los costados, la grupa y la cola hasta su estremidad, y está revestida al esterior de una piel delgada, lisa y

trasparente; las únicas partes del cuerpo á que no se estiende dicha lámina son: la garganta, el pecho y el vientre; la parte de la armadura que se halla cubriendo la espalda y los costados, está formada de fajas paralelas unidas entre si por unas membranas estensibles que permiten al animal plegarse; el número de fajas no depende en nada de la edad del animal, pues se notan en los armadillos de la misma especie el mismo número de ellas en los que acaban de nacer, que en los adultos; su sistema dentario está reducido á siete ú ocho muelas en cada lado, segun las especies, ofreciendo aquellas la particularidad de no tener esmalte en su parte interior.

Los armadillos en general son animales inocentes á menos que se les permita entrar en las huertas donde hacen bastante daño por la estremada aficion que tienen á las frutas y legumbres. Aun cuando son originarios de los paises cálidos de América, se habitúan tambien á vivir en climas templados; los armadillos caminan con bastante ligereza, pero les es imposible á causa de su organizacion, trepar á los árboles, saltar, ni correr, por lo que es fácil cogerlos, pues el único recurso que adoptan en su fuga es el guarecerse en su madriguera, mas si se hallan lejos de ella, socavan la tierra con mucha prontitud para hacer un agujero y sustraerse á los ojos del cazador; á veces son sorprendidos antes de ocultarse del todo en su guarida, en la que teniendo ya metidas la cabeza y los pies se dan por seguros, pues abriendo sus conchas y apretándolas con todas sus fuerzas contra las paredes del agujero, suele acontecer que primero se queda el cazador con la cola en la mano que sacarle á él, á menos que por medio de un palo ú otro cualquier objeto se le haga cosquillas, en cuyo caso vuelve á contraerse y se deja coger; cuando las cuevas en que se hallan son muy profundas, hay que echarles agua ó humo para forzarles á salir: en cuanto es cogido el armadillo hace lo que los erizos, se contrae formando una bola, pero para obligarles á que se estiendan se les coloca cerca del fuego.

La caza del armadillo se hace con perros que lo alcanzan muy pronto, pero él no deja que lleguen sin encogerse antes, y si se encuentran á la orilla de un precipicio no dá lugar á que le cojan, pues formando una bola se echa á rodar por él, no sufriendo por esto daño alguno.

Los armadillos son muy fecundos, pues gozan de grandes facultades para la reproduccion; aseguran que la hembra pare cuatro hijuelos cada mes, de lo cual proviene que las especies son numerosísimas: viven con preferencia en parages húmedos y calientes, y cuando salen de sus cuevas que son bastante profundas, procuran no alejarse mucho de ellas por no ser sorprendidos: la carne de los armadillos es bastante sabrosa; los indios se sirven de sus conchas para hacer vasijas y canastillos que pintan en su interior caprichosamente.

Algunos han atribuido varias propiedades medicinales á ciertos y determinados huesos de este animal y en especial al último artículo ó hueso de la cola, que lo han tenido por remedio muy eficaz contra la sordera y dolor de oido; la razon aconseja que no demos crédito á esta paradoja, pues efectos tan maravillosos no son producidos sino por virtudes imaginarias que solamente la supersticion ha podido sostener; los huesos del armadillo son ni mas ni menos que los de otro cualquier animal.

El grabado que acompaña á este artículo representa un individuo de la especie conocida por Linneo con el nombre *Dasypus cingulis* novem.

J. A. y A.

PENSAMIENTOS.

El hipócrita llega á veces á persuadirse de estar adornado de las virtudes que afecta, así como el charlatan en fuerza de exagerar la eficacia de su pomada, acaba por creer en sus efectos y hacer uso de ella.

En el amor mas puro es mas el humo que la llama.

Las personas que estan siempre en movimiento sin que al mismo tiempo sirvan para nada, son relojes que andan pero que no tienen mano.

Estrañamos que el malo sea feliz y el bueno sufra los rigores de la suerte: la vida es un libro, las *erratas* se hallan al fin.

Lo que se dice y lo que se piensa no está siempre de acuerdo.

El amor que se esperimenta, solo existe realmente en la persona que ama, la que es amada no es mas que el pretesto.

La incertidumbre es el peor de todos los males, hasta el momento en que la realidad hace que echemos de menos la incertidumbre.

La primera mitad de la vida se pasa deseando la segunda y esta lamentándose de que haya pasado la primera.

Los señores suscritores que lo han sido al Siglo y que por continuar siéndolo por medio año á nuestro periódico tienen derecho á adquirir los pliegos de regalo ofrecidos, se servirá pasar á recogerlos á la librería de Pereda calle de Preciados n. 39, único punto donde les serán entregados en los dias 13, 14 y 15, presentando el recibo de suscricion al Semanario por medio año. Los que tengan alguna reclamacion que hacer en punto al mencionado regalo, deben dirigirse á la oficina del periódico cualquier dia de 9 á 1.

El Sr. Principe no puede entregar el completo del original de *La Casa de Pero-Hernandez* hasta fines de mes; hacemos esta advertencia para evitar reclamaciones y para que conste que la anterior empresa del Semanario que tiene ofrecido este regalo, no es culpable del retraso. Nuestros suscritores pueden estar seguros de que en nada les perjudicará y de que los avisaremos tan pronto como se halle disponible la leyenda en cuestion.

GEROGLIFICO.

Solucion.—La fortuna solo es para quien la encuentra.

MADRID—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Rarela, Poupart, Villa y la Publicidad, litografía de Bachiller, del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS.—Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, cuarto segundo.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.